

F. GAMBOA.

aprovechando siempre la menor oportunidad de contrariar á los gendarmes y de molestar al vecindario, gritando «vivas» y deseando muertes, silbando desaforados y pisando charcos para ensuciar á los trauseantes. Plegóse Carlos lo más que pudo para no ser visto y se volvió ojos; bajó el mayordomo del pescante, esperó a la camarista y se marcharon ambos, muy bien educados, sin fiscalizar a su señora. Siguió ésta, y por último, un individuo que Carlos reconoció sin esfuerzo: el antiguo propietario de Fly.

Iba á provocarlo, bebiéndose las amargas lágrimas que le hacía derramar el despecho, pero felizmente se contuvo. Era la última, armar un escándalo; lo expulsarían del destino y sin economías ni crédito lo ahogaría la miseria.

Y bruscamente, caído hasta los huesos por la lluvia, sufriendo de una manera indecible, se puso á tararear un trozo de música—también de dolor se canta—que recordaba haber oído en alguna parte.

—Ya lo creo, exclamó, eso es. “Si lo supiera mi mamá?”

Repetía inconscientemente, las intencionadas coplas de Mimí.

¡VENDIA GERILLOS!

I.

¡Soñaba!

Soñaba encontrarse en un baño de agua fría, al aire libre, que lo hacía temblar con sus caricias. No podía nadar, y sentíase adolorido por la dureza del estanque. Iba á perecer; el agua, que había estado humedeciéndole las manos, suavemente, con dulzura, á intervalos, le llegaba ya á los ojos, después de haberle hecho cosquillas en la nariz y en la boca. Intentó el último esfuerzo, extendió el brazo y afianzado en la orilla salvadora..... despertó. Su perro *Turco*, agitando la cola y corriendo de un lado á otro, ladraba con estrépito, permitiéndose de vez en cuando alargar la pata hasta la altura de la cara de su amo, que soñoliento todavía, lo dejaba hacer, sonriéndole con cariño. Se esperezó, comprendiendo que la lengua de *Turco* acababa de representar el papel del agua que lo ahogaba, y aban-

olvido, palpaba la ingratitud, se arrepentía. Regresó á recomendar á aquel desgraciado que rezara por él, lo ayudaría á bien morir, y considerando la suerte reservada á Matilde, que no cesaba de bailar ante los ojos, le dijo:

—Oiga usted, rece por dos niños que se han muerto!

El ciego movió los labios haciendo que sí con la cabeza, quién sabe si obedeciendo la orden ó censurando la extravagancia. Sardín se sintió bien, más tranquilo, como el que ha hecho sus disposiciones y se despide del notario; apretó el paso, y al poco rato se encontró en el principio de la calzada de la Reforma. La obscuridad de la noche se aumentaba allí por los árboles que cubrían con sus ramas á los focos de luz, prolongando las dimensiones, haciéndola interminable.

Los bancos de piedra y los desiertos pedestales, simulaban otras tantas manchas grises sobre un fondo negro, silencioso y lúgubre. Echó á andar por el centro, deteniéndose en ocasiones á tomar aliento y á enjugarse el sudor; sin embargo, la temperatura estaba fresca. Cerca ya de la plazoleta habitada por el monumento de Colón, tuvo miedo de la estatua, de los frailes que la acompañan, del jardincito que la defiende, de lo que él iba á cometer, y se detuvo jadeante, nervioso, deseando un auxilio inesperado en medio de tanta soledad, retardando el atentado para dar tiempo, á qué? á

todo y á nada, á que se abriera una de las casas que bordean el paseo y saliera cualquiera á impedirlo, todas están habitadas y habitadas por ricos, á que un guarda lo creyera robando plantas y lo llevara preso, á que surgiera una casualidad ó estallara un cataclismo.

Y se puso á escuchar con el oído atento; apenas si percibía el ladrar lejano de algún perro y el rumor imponente de la ciudad llevado en alas de los vientos.

Esperó así, inclinado, y nadie llegó; quién se preocupa de un pobre diablo que va á desaparecer? Le entristeció verse abandonado á su edad, y levantó la cara obedeciendo á esa necesidad que obliga á los que verdaderamente sufren á recurrir á la altura, en los momentos de crisis supremas, en busca de auxilios y consuelos, y la figura de Colón se destacaba precisa é inmóvil, sobre el marco nebuloso que le brindaba el firmamento; no le dió miedo entonces, al contrario, esa masa negra simpatizaba con su tormento, y como si adivinara el estado de su ánimo, con su diestra levantada, parecía indicarle el único refugio de los desheredados: el más allá!

Recordó al ciego acabado de ver, y hubiera jurado que el señor cura, aquel amigo de sus primeros años, pasaba á su lado plácido y risueño, reiterándole su recomendación: que fuera siempre bueno.

No quiso matarse ahí, al cabo le sobraba el lo-